

QUERIDAS AMIGAS Y AMIGOS, AHORA SÍ ES POSIBLE

Gracias por haber venido en tan gran número a este momento importante: la inscripción de nuestra candidatura a la elección presidencial.

No es un simple trámite administrativo. Es la culminación de una primera etapa que me permitió recorrer nuestro país, para escuchar al otro Chile, ese que no se reconoce en una minoría encerrada en sus privilegios. Yo mismo financié este recorrido y nuestra campaña en las redes sociales.

El único espacio de libertad para que una candidatura independiente pueda hacerse oír. Estos decenas de miles de apoyos dicen que nuestra voz merece estar presente, que nuestro camino es legítimo.

Hay que decirlo: todavía hoy, ser un candidato independiente, libre de decir la verdad, molesta.

A menudo me preguntan: ¿por qué hacer campaña? ¿Por qué perseverar?

Porque creo llevar un mensaje, una verdad que nadie defiende —ni la derecha, ni la izquierda—. **He elegido seguir mi propio camino: un camino de ideal y de justicia, pero también de pragmatismo.** Una voluntad de compartir una visión con todos, sin ser jamás rehén de nadie.

Algunos dirán que esto es orgullo. Yo lo veo como fidelidad.

Se dice que ningún profeta es reconocido en su tierra. Sin embargo, fue aquí donde elegí vivir, formar una familia y dedicar mi vida a una causa: luchar por Chile.

A la derecha y a la izquierda hicieron de todo por apartarnos: reducirnos al silencio, borrarne del debate. Quince años de desprestigio sistemático, de juicios infundados, de difamación organizada. Y hoy, cuando nuestro modelo económico y social agotado debe reinventarse, ciertamente no es el momento de renunciar.

Se los repito solemnemente: **siempre me encontrarán ahí, de pie juntos a ustedes, para enfrentar la ceguera culpable de nuestra clase política.**



Algunos creen que la política es solo un mercado de ilusiones, una feria de promesas. Pero una campaña presidencial no es un espectáculo. Es el único momento en que la democracia nos obliga a escuchar otras voces que no son la nuestra, a dejarnos incomodar, a confrontar nuestras certezas.

Es ahí donde cada uno puede juzgar, comparar, qué es lo que, en medio del ruido, resuena como evidencia.

Cada uno tiene su verdad, no pertenece a ningún bando. Nace del encuentro de los puntos de vista, de su choque a veces brutal pero necesario.

Es esa parte de la realidad que cada uno lleva dentro.

Lo sabemos.

Algunos quieren hacer de esta elección una última manipulación: hacernos olvidar de dónde venimos, minimizar nuestros avances, hablar solo de problemas, designar culpables e instrumentalizar nuestros miedos.

Yo quiero hacer de ella un momento de verdad. Una mirada lúcida sobre nuestra historia: los hechos, las cifras, la memoria de lo que hemos atravesado. Hoy esto es necesario, ya que algunos candidatos no dudan en reivindicar esa herencia.

Una herencia de miedo, de pobreza y de injusticia.

No vamos a reescribir el pasado, sino a revelarlo, de manera factual e indiscutible. No para ajustar cuentas, sino para evitar repetir los mismos errores, porque un mal diagnóstico siempre conduce a malas soluciones. **La confrontación improductiva no es la solución.**

Digámoslo claro: la democracia no es un negocio.

Y no, la dictadura no nos salvó del caos.

Esas falsedades, que antes eran solo consignas marginales, hoy regresan disfrazadas de discursos oficiales.

Se repintan los años 80 como edad de oro, pero en 1985 la mitad del país vivía en la pobreza. Se convirtió al Estado en chivo expiatorio, para debilitarlo y enriquecer a unos pocos. Bajo la dictadura, la concentración de la riqueza se triplicó: esa es la verdad.

Treinta y cinco años más tarde, es hora de que las nuevas generaciones abran los ojos. Chile no siempre vivió en el miedo y la desigualdad.



Miremos ahora el presente:

Kaiser, Kast, Jara encarnan los errores y los fantasmas del pasado. Resucitan divisiones antiguas, rencores estériles, certezas ciegas.

El enfrentamiento violento y dogmático nunca fue, ni será, una solución para nuestro país. Dos callejones sin salida, dos espejos deformantes: de un lado, se nos promete que debilitando aún más al Estado y llenando las cárceles volverá el crecimiento.

Del otro, se nos vende la ilusión de un paraíso al alcance de la mano, mientras se bloquea la economía y se deja prosperar la inseguridad.

Dos caminos opuestos en apariencia, pero que llevan al mismo lugar: el desastre.

Despertemos.

No podemos dejar que Chile bascule hacia el caos al que nos arrastran estos aprendices de brujo. En los dos referendos constitucionales, una mayoría rechazó su modelo de sociedad.

Y hoy, el fracaso del gobierno saliente hace prosperar una derecha cuyo líder asume querer formar un gobierno de emergencia, saltarse el Congreso y poner a las Fuerzas Armadas en la calle.

¿Quién, honestamente, puede creer que eso “va a salir bien”, que será “simple y tranquilo”? que “todo va a estar bien”?

¿Y qué decir de la candidata oficialista?

Ganó su primaria sobre mentiras y un programa irrealista. Cuatro meses más tarde, reconoce que ya no tiene programa, se niega a debatir y se dispone a recorrer el país para movilizar a sus tropas.

Sabemos una cosa: las palabras y los comportamientos siempre terminan encadenando acontecimientos que nadie puede controlar...

Sin embargo, el diagnóstico es claro y contundente.

Los años 1990, con el fin de la Guerra Fría, abrieron un mundo nuevo del cual nuestro país supo beneficiarse. El fin de la dictadura liberó una ola de optimismo y crecimiento: durante casi veinte años redujimos la pobreza, modernizamos nuestras infraestructuras y abrimos Chile al comercio mundial.



Pero ese éxito tuvo un precio: una economía frágil, dependiente del cobre y de los choques externos, incapaz de diversificarse frente a la competencia internacional. La apertura total de nuestro mercado favoreció la dependencia de las importaciones y frenó el surgimiento de una economía productiva y diversificada, dejando al país sin una verdadera clase media estable y sin estrategia de futuro.

Al mismo tiempo, nuestra población aumentó en casi 50 %, antes de que la natalidad cayera hoy a un nivel históricamente bajo. Este vuelco demográfico reveló nuestras debilidades estructurales y anunció un estancamiento duradero.

El punto de inflexión es claro: en 2010, cuando Chile ingresó a la OCDE, la curva se invirtió. Desde esa fecha, estamos plenamente facultados para comparar nuestro desempeño con el de la organización a la que nos unimos. ¿Y qué constatamos? Chile sufre la maldición de los tres tercios: un tercio menos de recaudación fiscal que el promedio de la OCDE, una clase media estable reducida a un tercio de la población, y un Estado que gasta un tercio menos que los estándares internacionales. Sin olvidar una investigación e innovación siete veces más débiles.

En resumen: un país con menos Estado, menos clase media, menos futuro... ¡y más desigualdad!

Para salir de la polarización y de la lógica de confrontación que se avecina, hay que compartir primero un diagnóstico claro de la situación, sin tabúes ni ideología. Eso es lo que deseamos: **abrir un nuevo ciclo político, fundado en la lucidez, el diálogo y la responsabilidad.**

Suelo decir: “la agonía del pasado nos ciega ante las promesas del futuro”, Entonces, hablemos de futuro.

Necesitamos un Estado estratega que nos acompañe en esta indispensable mutación. Un Estado que oriente, dirija y proteja, sin recargar la administración ni multiplicar los empleos públicos. Un Estado que amplíe su perímetro de acción apoyándose en alianzas y concesiones con el sector privado.

Un Estado que ya no se limite a abrir sus mercados, sino que construya una economía productiva e innovadora, menos vulnerable a los choques externos.



Porque el verdadero desafío está ahí: **devolver movilidad social a quienes se sienten encerrados en un modelo decadente.** Abrir al fin una perspectiva a quienes estudian, trabajan y quieren construir su futuro aquí.

Sabemos también que ninguna sociedad puede prosperar en el miedo y el arbitrio: la lucha contra el crimen organizado, la delincuencia y la inseguridad es el rol primero del Estado. Estamos decididos a dotarnos de los medios necesarios para erradicar este flagelo, porque sin seguridad no hay libertad.

Es la única manera de devolver la esperanza, de recrear la confianza y de impedir que los extremos se alimenten de nuestros bloqueos.

Esa es la visión que llevaremos durante la campaña: **la de un Chile moderno, con un Estado estratega y una sociedad que vuelva a creer en su futuro.** Una tierra donde la felicidad de vivir se cumpla al fin como una realidad compartida. Por todos.

Ese es nuestro compromiso: transformar la memoria en lucidez, y la lucidez en futuro.

Superar los bloqueos heredados del pasado, reinventarnos —no en el miedo ni en el resentimiento, sino en la esperanza—.

Hacer de esta campaña el instante único en que un pueblo se mira de frente, retoma su verdad y elige su futuro.

Muchas gracias a todos



Ahora **SÍ** es **POSIBLE**